

Capítulo 1

Londres
Julio de 1817

Así que vas a ir.

Devlin Ryland dejó de hacer las maletas y levantó la mirada para encontrarse con su hermano mayor.

—Sí —dijo Devlin, cogiendo una camisa más del montón que había en la cama y colocándola en la bolsa de piel gastada.

Ya había metido la ropa de noche: unos pantalones extra, pañuelos de cuello, camisas y un abrigo más. El abrigo de más era su única concesión a la moda. En Brixleigh Park se encontraría con gente que se empeñaría en no llevar la misma prenda dos veces. Al menos debía tener un poco de variedad.

Brahm, enigmáticamente atractivo, con unos rasgos mucho más marcados y duros que los de Devlin, entró cojeando en el sanctasanctórum de la habitación. A tenor de los fuertes golpes del bastón contra la pulida superficie del parquet, a su hermano le dolía la pierna.

—Creía que te preocupaba volver a ver a Carnover.

Tras cerrar la maleta, Devlin se encogió de hombros.

—Todos tenemos que enfrentarnos a nuestros demonios. Tú mismo me lo dijiste.

Y el Señor sabía que Brahm tenía su ración de demonios.

Con ambas manos sobre el puño de plata bruñido y esculpido de su bastón, Brahm se inclinó ligeramente hacia delante.

—Pero se supone que Carny es tu amigo, no un demonio.

—Es ambas cosas.

No hacía falta que explicara nada, porque su hermano le entendía demasiado bien.

Brahm esbozó una especie de sonrisa, algo muy inusual en él en los últimos meses, desde la muerte de su padre.

—¿Qué vas a hacer?

Devlin se encogió de hombros de nuevo. Tenía las maletas hechas y estaba preparado para marcharse, pero había algo que aún le retenía.

—No lo sé. Quizá verle sea más fácil esta vez.

—Quieres decir que quizá dejes de tener pesadillas.

Irguiéndose, Devlin encontró serenamente la mirada preocupada de Brahm.

—Sí.

—¿Y qué ocurrirá si las vuelves a tener?

Era obvio que Brahm no quería dejarle en paz. ¿Era esto simple preocupación fraternal o acaso temía que Devlin hiciera algo que avergonzara a la familia en Devon? Tendría que ocurrírsele algo bastante escandaloso para igualar lo que Brahm había hecho. Mear en una fuente con ponche era difícil de superar.

Sin embargo, no podía imaginarse a Brahm preocu-

pado por el estatus social de la familia. Su hermano estaba preocupado por él, simple y llanamente.

—Todo irá bien.

—No lo dudo —respondió Brahm, sonriendo de forma extraña de nuevo.

Se hizo un silencio mientras Devlin se dio la vuelta para coger el rifle Baker que estaba apoyado en la silla, cerca de la ventana. Había estado despierto hasta las tres de la mañana limpiándolo y engrasándolo, puliendo la madera rayada hasta dejarla brillante, frotando el cañón por dentro y por fuera con un paño hasta que quedó impoluto. Lo metió en el estuche y lo colocó sobre la colcha aterciopelada de color crema al lado de su maleta.

—¿Por qué te lo llevas? —preguntó Brahm—. ¿Acaso quieres salir a disparar en Devon?

Esta vez, Devlin encogió sólo un hombro.

—Quizá.

—No puedes soportar la idea de dejarlo atrás, ¿verdad?

¿Qué era lo que más le molestaba? ¿El tono de compasión de Brahm o su perspicacia? Probablemente a Brahm le pareciera una tontería que su hermano menor tuviera tanta dependencia de algo tan inanimado como un rifle, pero no le juzgaría por ello. Brahm jamás juzgaba, ya fuera porque no era su manera de ser o porque sabía que no tenía derecho a hacerlo.

—Es parte de mí.

Ese rifle había sido su compañero constante durante años. Había estado con él cuando vio cómo dispararon a sus amigos y soldados compañeros en el campo de batalla. Había dormido con él, comido con él. Dios santo. Durante todo el tiempo que estuvo en el

ejército no había ido ni a mear sin el Baker. ¿Cómo podía «dejarlo atrás» ahora que la batalla había acabado? No podía.

El Baker nunca le había dado la espalda, nunca le había defraudado y, al igual que Brahm, nunca le había juzgado.

—Tienes que perdonarte por lo ocurrido, hermano. Perdonar y aceptar.

Eso era. Como hermano mayor, Brahm no podía evitar sentirse responsable de sus hermanos menores. Por eso intentaba solucionar todos sus problemas, incluso cuando con los suyos le bastaba. Siempre sabía lo que *tenían* que hacer. Desafortunadamente, nunca sabía *cómo* conseguirlo.

—¿Y tú? ¿Te has perdonado? —le preguntó Devlin, pasándose la correa del rifle por la cabeza para que el Baker descansara en su espalda.

Le gustaba sentir ese peso tan familiar.

Brahm cambió el peso de lado, aún apoyándose sobre el bastón. Sin duda, el dolor de la pierna era de mil demonios.

—No exactamente, pero lo intento. Tú ni siquiera lo has intentado.

—¿Cómo puedo perdonarme por lo que hice?

Cogiendo la maleta, Devlin rodeó la cama para dirigirse hacia la puerta. Brahm se interpuso en su camino.

—Era la guerra.

—Vaya, así que eso es lo que era —respondió Devlin, resoplando.

Qué fácil era decir eso para alguien que no había estado allí. Si no habías estado allí no podías saber cómo era, y a veces Devlin deseaba haber tenido suficiente juicio y haberse quedado en casa.

La mirada de color rojizo de Brahm era perspicaz, y entendía mucho más de lo que Devlin quería.

—¿Acaso preferirías que hubieran matado a Carny?

—No.

Aunque a veces deseaba que hubiera ocurrido de otra forma.

—Claro que no. Está muy agradecido de que hicieras lo que hiciste —dijo, acabando su declaración con un golpe de bastón—. Y yo también lo estoy. Si no hubieras actuado de esa manera, podrían haberte matado a ti también.

—Quizá habría sido mejor...

No era sensiblero, pero a veces cuando los sueños le atormentaban...

Si su hermano no hubiera necesitado el bastón para mantenerse en pie, seguro que lo habría utilizado para pegarle (Dios sabe dónde) con el reluciente y sólido roble. La mirada de Brahm bastaba para decirle a su hermano menor lo que pensaba de su autocompasión.

El arrepentimiento corrió por las venas de Devlin. Había dicho una estupidez, sobre todo tratándose de Brahm, el Rey de la Culpabilidad. Al menos la sangre de sus manos pertenecía a un extraño. La sangre de las manos de Brahm pertenecía a su padre.

—¿Estarás bien mientras esté fuera?

Ahora le tocaba a Brahm encogerse de hombros.

—Debo enfrentarme a la soledad. No te preocupes por mí. Vive tu vida.

Al decir eso, Devlin pensó que quizá fuera un buen momento para decirle a Brahm toda la verdad sobre su viaje a Devonshire.

—Wynter quiere que le eche un vistazo a unas propiedades que tiene mientras estoy allí.

Había ganado una bonita fortuna durante la guerra, y su padre le había dejado una herencia generosa invertida en la lonja; ¿por qué iba a dejarla allí cuando podía comprar el principio de una nueva vida con ella?

Brahm sonrió, y Devlin sabía que se trataba de una sonrisa auténtica.

—Muy bien. Ya va siendo hora de que eches raíces.

Frunciendo el ceño, Devlin cogió la maleta con la otra mano.

—¿Y qué ocurre con mis hermanos mayores? ¿Cuándo echaréis raíces vosotros tres?

—Se necesita a una mujer con mucha paciencia y mucha fuerza para que viva el resto de sus días conmigo —le respondió Brahm, riéndose y dándose la vuelta sobre el talón de la pierna buena para dirigirse con formalidad hacia la puerta—. Una mujer que no se haya enterado del escándalo.

Devlin caminaba a su lado, acortando los pasos para ir a su ritmo.

—Eso excluye a todas las mujeres de Inglaterra.

Siempre amable, Brahm simplemente sonrió y asintió al oír el comentario.

—Y en cuanto a nuestros hermanos, North está casado con su carrera y Wyntrope, bueno, no me habla, así que no sé por qué está aún soltero. Así que tú eres el único que queda. El gran héroe. No debería costarte encontrar a una mujer dispuesta a casarse contigo. A las mujeres les gustan los hombres que se castigan por cosas que no son su culpa porque así no tienen que hacerlo ellas.

Le lanzó una mirada elocuente a su hermano menor por encima del hombro al pasar delante de él para salir de la habitación.

—Casarse tiene otros incentivos —le dijo Devlin, con una sonrisa cínica.

—Lo digo en serio, Dev —aclaró Brahm, mientras caminaban por el pasillo hacia las escaleras—. Quiero que pienses en tí por una vez. Encuentra la felicidad.

Como solía hacer, Devlin le ofreció a su hermano el brazo para bajar por las escaleras.

—No sé muy bien cómo.

—No hace falta que lo sepas —respondió Brahm con una mueca, apoyándose con fuerza sobre el brazo de Devlin al bajar el primer escalón—. Si la buscas, la felicidad te encontrará.

Brixleigh Park, Devonshire

Era él.

Desde el salón dorado de Brixleigh, lady Blythe Christian miró a través de las gruesas cortinas de terciopelo hacia el carruaje aparcado en el camino y observó cómo su hermano saludaba a los invitados: un hombre y una mujer. Una mujer *pequeña*, de extremidades cortas, cintura estrecha y un cuerpecito fino que encajaba con el resto de su delgada fisonomía. Iba vestida como una muñequita perfecta, con un vestido largo de muselina rosa y un sobretodo de conjunto. Su compañero, quien parecía aún más perfecto que la mujer, iba vestido a la última con un abrigo azul oscuro y unos bombachos de color mantequilla.

—¿Podría decirme alguien otra vez por qué *ha te-*

nido que invitarle Miles? —se preguntó a sí misma en voz alta mirando por la ventana.

Hacía más de un año que no veía a Rowan Carmichael, conde de Carnover, pero estaba tan atractivo como siempre: era un adonis con la piel bronceada por el sol veraniego.

Menudo canalla. Sinvergüenza. *Imbécil.*

—Porque son amigos, querida. ¿Cómo iba tu hermano a ignorar a un conocido como él?

Dejando la cortina, Blythe se apartó de la ventana y se encontró con su cuñada. Varvara (Varya) Christian era una de esas mujeres que mejoraban con la edad. Tres años atrás, yo era muy hermosa, pero la maternidad y un feliz matrimonio le habían dado un brillo que, en la opinión de Blythe, la convertían en una de las mujeres más bellas de toda Inglaterra.

Y Blythe la apreciaba demasiado para odiarla por ello.

—Seguro que Miles no espera que consienta que esté bajo el mismo techo que Carny durante tanto tiempo, ¿verdad?

Estas fiestas a veces duraban semanas, ¡e incluso meses!

Varya sonrió con paciencia mientras se recostaba en una tumbona de brocado de color ámbar, tono que contrastaba sorprendentemente con su vestido largo y púrpura oscuro.

—Pues creo que sí.

Por supuesto que sí. El hermano mayor de Blythe siempre le estaba diciendo que debía perdonar a Carny por haberla traicionado. Después de todo, había dos años que había ocurrido.

Dos años muy *cortos*.

Pero ¿qué sabía Miles? Jamás había puesto todas sus esperanzas en alguien con quien había planeado pasar el resto de su vida. Pero Blythe sí, y ya decidiría cuándo iba a perdonar a Carny, *si es que le perdonaba*.

Como si pudiera perdonarle... No era rencorosa, pero Carny tendría que sufrir mucho y bastante antes de que se dignara a perdonarle por lo que le había hecho.

Pero por ahora se había propuesto salir de la casa sin que él la viera, porque querría saludarla, charlar, o hacer alguna estupidez por el estilo. Siempre intentaba hablar con ella como si no hubiera ocurrido nada, como si aún fueran amigos, como si en realidad se preocupara por ella. Blythe ya sabía cómo se preocupaba por ella. Hacía dos años no lo había hecho y ahora era demasiado tarde.

—¿Quién más vendrá? —preguntó, alejándose de la ventana y dejándose caer sobre el gran sillón.

Colocó la pierna derecha sobre el brazo del sillón y movió el pie embotado como si de un gran péndulo perezoso se tratara.

Varya frunció ligeramente el ceño, arrugando su pálida y fina piel. Pensaba que Miles desaprobaría el comportamiento y la indumentaria de Blythe. Sin embargo, Varya lo aceptaba, porque era como una hermana para ella.

—Mucha gente. Devlin Ryland, por ejemplo.

El gran héroe de guerra y amigo de Miles. Blythe puso los ojos en blanco.

—Genial. Es justo lo que necesitábamos. Otro ex soldado para que nos aburra con historias sin sentido sobre cómo ganó la guerra él solito.

Varya tomó un sorbo de té de una taza de porcelana con rosas rosas.

—Pues le salvó la vida a Carny.

—¡No esperarás que le dé las gracias por eso!

La otra mujer casi se ahogó con el té, pero consiguió llevarse una servilleta a la boca a tiempo.

—¡Deja de hacer eso! —gritó, cuando pudo dejar de toser—. ¡Siempre me haces escupir el té!

Blythe sonrió, aún moviendo el pie.

—Lo siento.

Colocando la taza y el platillo en la bandeja que tenía delante, Varya se tocó ligeramente la boca y la barbilla con la servilleta. Tenía una expresión de enfado burlona.

—No lo sientes. Te ríes cada vez.

Era cierto. La primera vez que Blythe hizo que Varya se ahogara con el té fue poco después de que Miles conociera a su futura esposa. Todo Londres pensó que Varya era la querida de Miles, pero a Blythe le cayó muy bien, así que cuando Varya fue a Wynter Lane un día, Blythe la invitó a tomar el té. Un comentario informal pero impertinente hizo que Varya vertiera el té sobre su regazo y la mesa que tenía delante. Fue muy divertido, aunque Blythe por supuesto se controló y no se puso a reír. Después de que Varya y Miles se casaran, Blythe jamás perdía la oportunidad de sorprender a su cuñada para que mostrara este comportamiento tan impropio de una dama.

—La mayoría de nuestros invitados llegarán mañana, pero esperamos que algunos lo hagan hoy, como ya has visto tú misma.

Varya hablaba como si su llegada fuera de máxima importancia. Blythe la miró fijamente.

Varya suspiró, obviamente dándose cuenta de que no era el momento de sutilezas.

—¿No crees que quizá deberías cambiarte?

—¿No crees que deberías estar fuera recibiendo a tus invitados? —contestó Blythe alegremente.

Sonrojándose, Varya se alisó la falda de su traje.

—Estoy preocupada por ti. Además, a diferencia de mi marido, no he acabado de perdonar a lord Carnover por lo que te hizo.

—Por supuesto que Miles le ha perdonado —añadió Blythe, sonriendo sin amargura—. Son hombres. Siempre se perdonan entre ellos. Es con nosotras, las mujeres, con las que tienen problemas.

—Sí —asintió Varya, frunciendo el ceño una vez más—. ¿Y no estás de acuerdo conmigo en que exactamente por este motivo deberías subir a tu habitación y ponerte algo un poco más... perdonable?

Blythe se estudió las uñas. Tenía que cortárselas.

—Voy a salir.

Y lo que llevaba estaba bien. Sin duda, a Miles no le gustaría que sus invitados la vieran vestida de ese modo, pero no podía ir a ver a los arrendatarios y ayudarles con las reparaciones con un vestido, ¿verdad? Iba vestida con lo que siempre llevaba cuando se tenían que hacer reparaciones: unos pantalones, una camisa y una chaqueta hecha a medida por la costurera de la ciudad. También le habían hecho las botas especialmente para ella.

Varya se llevó la mano a la frente y se la frotó.

—Oh, Blythe. ¿Por qué le atormentas de esta manera?

¿Qué importaba si Miles estaba enfadado? Últimamente parecía que se pasaba casi todo el tiempo enfadado con ella. Estaba enfadado porque Blythe no quería volver a Londres, estaba enfadado porque no po-

día perdonar a Carny y estaba enfadado porque no tenía ningún interés en encontrar marido. Era muy tentador decirle dónde se podía meter su enfado.

No quería volver a Londres porque la gente hablaría del viejo escándalo, de cómo Carny la había dejado plantada en público, y sentiría pena por ella, porque aún estaba soltera y no parecía que eso fuera a cambiar.

Había probado con mucho ahínco encontrar marido hacía un tiempo, y cuando lo había encontrado éste la había traicionado. Además, no podía escoger entre demasiados hombres. La mayoría no querían una mujer de su altura o más alta que ellos. En el caso de Carny, simplemente no la quería, y Blythe no estaba preparada para perdonárselo. Ahora no. Quizá nunca.

Pero eso ahora no le importaba. En dos meses, Blythe heredaría de su padre. Se suponía que era su dote, pero si en su vigésimo quinto aniversario aún seguía soltera, obtendría el dinero para hacer lo que quisiera. Y lo que quería era comprar Rosewood, una pequeña finca a unos ocho kilómetros al oeste de Brixleigh. Sería independiente, y Miles no podría opinar más sobre su vida.

Pero por ahora sí, y por este motivo estaba escondida en el salón, esperando a que no hubiera moros en la costa para salir.

La voz de un hombre se coló por la ventana abierta mientras los invitados subían por las escaleras.

—¿Estará con nosotros lady Blythe durante las fiestas?

A Blythe le dio un vuelco el corazón. Esa voz tan dulce como la miel era inconfundible. Carny estaba preguntando por ella. ¡Ese tipo tenía el valor de preguntar por ella!

—Sí —respondió Miles con confianza.

Blythe quería que fuera su cumpleaños ya.

No podía jurarlo, pero creyó escuchar la siguiente respuesta de Carny.

—Bien.

¿Y qué más le daba si participaba en las actividades de las fiestas o no? Seguro que no tenía ningún interés en verla, a menos que las cosas hubieran cambiado mucho desde la última vez que se habían encontrado.

—Le dije a Miles que les recibiría dentro —le explicó Varya, poniéndose en pie al oír la voz de su marido.

No parecía que la tarea le resultara agradable. Su querida Varya.

—¿Dónde van a estar? —preguntó Blythe, intentando mantener un tono indiferente.

—En el ala oeste, por supuesto —respondió Varya, sonriendo con dulzura.

Blythe la observó marcharse con tanto alivio que casi suspiró. En el ala oeste. Bien. Su habitación estaba en el ala este. Así no tendría que preocuparse por encontrarse con Carny si se levantaba a medianoche.

Ni con la mujer que había escogido para sustituirla.

Olía fatal.

Limpiándose el sudor de la frente con la manga de la camisa, Blythe hizo una mueca mientras la brisa vespertina se deslizaba entre el fino lino por el brazo. Estaba sucia y pringosa, y olía como si no se hubiera bañado en los últimos días.

Aunque algunos de los hombres que trabajaban con ella olían como si no se hubieran bañado en los últimos meses.

Blythe se había marchado por la tarde para dar una vuelta a caballo, visitar a unos pocos arrendatarios, supervisar algunas pequeñas reparaciones y quizá tomar el té con una o dos de sus mujeres. Se lo pasaba bien con esta gente que parecía admirar su tamaño, fuerza y capacidad de trabajo. Le gustaba que estas mujeres hablaran abiertamente y con libertad sobre cosas que las mujeres de su clase no podían debatir. Le gustaba que los hombres la incluyeran en sus debates de agricultura y cría de animales, que eran temas en los que se suponía que las mujeres de su clase eran totalmente ignorantes. El Señor sabía que tenía defectos, pero la ignorancia (esperaba) no era uno de ellos.

Se había olvidado de que hoy era el día en el que John Dobson quería colocar un nuevo techo en su choza. Se había olvidado de todo excepto de que lord y lady Carnover llegaban ese día. Su único objetivo había sido evitarles. Trabajar con media docena de hombres en el tejado de Dobson bajo el calor de un cálido sol vespertino de verano era una gran distracción.

También era un motivo más para volver a casa a una hora razonable. Tendría que bañarse antes de cenar. También tendría que asegurarse que Suki, su doncella, le hiciera parecer tan femenina como fuera posible para que Miles estuviera contento. No quería darle pie a que la aleccionara de nuevo.

Una hora más tarde, se excusó, aunque el techo aún no estaba acabado; no podía permitirse estar más tiempo fuera de la casa. Sin duda habrían llegado más invitados en su ausencia, y no quería que algunos la vieran entrar a hurtadillas por la puerta de servicio. A los criados no les importaría, pero los invitados seguro que hablarían sobre el atavío extraño y sucio de la her-

mana del anfitrión. Quizá pudiera salirse con la suya por lo del atuendo (después de todo, muchas mujeres consideraban divertido vestirse con ropa de hombre en alguna ocasión), pero no podría excusar la suciedad, el sudor y lo mal que olía. Y ese comportamiento indebido le costaría demasiado caro. Miles le recordaría que era la hija de un marqués. Como si Blythe pudiera olvidar a su padre.

¡Señor! ¡Cuántas ganas tenía de que llegara su cumpleaños! Pero hasta entonces debía ir con cuidado. Miles desconocía que planeaba comprar su propia finca. Si se enterara, sin duda intentaría detenerla, y no podía permitir que eso ocurriera, no cuando todos sus sueños estaban a punto de hacerse realidad.

—Gracias por su ayuda, lady Blythe —dijo John Dobson, esbozando una sonrisa abierta mientras Blythe subía a la silla de montar.

Blythe le devolvió la sonrisa. No era ningún secreto entre los arrendatarios que el joven señor Dobson estaba loco por ella y, a decir verdad, Blythe se sentía halagada. Dobson tenía veintitantos años, era atractivo, de rasgos marcados, y tenía un cuerpo que parecía esculpido por un maestro italiano. Y en cuanto a la altura, encajaban a la perfección, sólo que no pertenecían al mismo mundo y sus sentimientos no eran correspondidos.

—Ahora que tienes tejado nuevo, ya no tienes ninguna excusa para no buscarte a una esposa, John.

Sonrió, y los dientes parecían blanquísimos en contraste con el moreno de su cara. Blythe tendría que haber estado muerta para no responder a esa sonrisa. Dobson era uno de los pocos arrendatarios que se bañaba regularmente.

—¿Es eso una proposición, señora?

Blythe se rió. Dobson conocía la realidad de su relación tan bien como ella, pero aun así era un coque-to desvergonzado. Había habido momentos, por la noche, cuando Blythe no podía dormir, cuando su cuerpo ardía con deseos que no podía satisfacer por su cuenta, en los que había pensado en aceptar lo que él le ofrecía, pero le habían enseñado que las señoritas no hacían estas cosas, y aún tenía que encontrar al hombre que pudiera hacerle olvidar esta norma por completo.

Ni siquiera Carny lo había conseguido.

—Encontrarás a una mujer mejor que yo, John Dobson —le informó mientras espoleaba a su yegua, *Marigold*, para que empezara a moverse lentamente—. Y espero con ansias que llegue el día en el que me la presentes.

La sonrisa de Dobson no se desvaneció, pero algo cambió en sus ojos. Su mirada reflejaba pena y también un sincero aprecio por el hecho de que los hombres de clase alta normalmente se reservaban para las mujeres que querían seducir.

—Usted quizá también encuentre a un hombre mejor, pero ya sabe dónde encontrarme si se cansa de esperar —le respondió, con un guiño.

Blythe se sonrojó y movió la cabeza. Lo había dicho a la ligera, pero sabía sin duda alguna que si se presentaba en su choza alguna noche, no le diría que se fuera.

—Que tengas un buen día, John.

Mientras se alejaba, Blythe intentó apartar las palabras de Dobson de su cabeza. Le halagaban y le gustaban, pero también eran como sal vertida sobre una vieja herida abierta. ¿Por qué los hombres de su clase

no la encontraban atractiva como John Dobson? ¿Por qué eran su altura y su fuerza un perjuicio en su mundo? Sabía que no era fea, aunque sus rasgos eran tan particulares como el resto de su cuerpo, y según algunas de las esposas de los arrendatarios, a los hombres les gustaban los cuerpos como el suyo. Es decir, una mujer físicamente fuerte que fuera una buena compañera de cama y pudiera dar a luz a hijos con facilidad. Para esta gente era perfecta, pero para su propia gente era defectuosa, al menos para los hombres.

Incluso Carny, ese Judas de pelo dorado, se había casado con una mujer pequeña, después de decirle que su aspecto era de lo más normal.

No quería pensar en él en absoluto. No se merecía su atención. Así pues, al dirigirse con su yegua por el campo moteado por el sol y por el camino que serpenteaba entre los árboles verdes y frondosos hacia la casa, pensó sólo en lo feliz que era por tener a Miles, a Varya y al pequeño Edward en la casa de nuevo. Aunque su hermano le fastidiaba, le amaba, y le gustaba poder sentarse y hablar con Varya de nuevo. Jugar con su joven sobrino le hacía sentir una profunda y dulce felicidad.

Aunque le gustaba vivir en Devonshire, con el olor del agua salada en el aire y la maravillosa brisa oceánica soplando por la ventana de su habitación por la noche, a veces echaba de menos a su familia. Miles se pasaba todo el tiempo en Londres, y su madre estaba en París por una temporada. Decía que así se sentía más cerca del padre de Blythe, quien había pasado más tiempo en París que en Londres al morir, y antes de que la guerra de Napoleón estallara, claro. Blythe la echaba de menos, así como su sabio consejo. Las cartas no eran lo mismo que tenerle cerca.

Sin embargo, aunque echaba de menos a su familia o, Dios no lo quisiera, Londres, Blythe apreciaba la calma de Devon y de Brixleigh. Aquí podía ser ella misma, y nadie la juzgaba. Podía vagar por la playa y nadar cuando la marea estaba alta, no sólo «bañarse» como hacían las señoritas modernas de Brighton. Podía expresar su opinión y la gente la escuchaba, porque en ausencia de Miles ella era la dueña. Ninguna mujer en su sano juicio renunciaría a tanta libertad por voluntad propia.

Prefería morir antes que volver a Londres, donde cualquier movimiento se observaba y se debatía hasta la saciedad en los periódicos de sociedad. De algún modo, algunos de estos periódicos descubrieron su fiasco con Carny y la describieron como una especie de monstruo enorme con imágenes y por escrito, y aún peores fueron esos periódicos que afirmaron comprenderla y la retrataron como una víctima desventurada.

Pasaron meses antes de que se diera cuenta de que no era ni una cosa ni otra. Convencerse de que no era una víctima fue lo primero. Lo del monstruo le costó un poco más. Era muy difícil creer que algo no era cierto cuando estabas terrible y fatalmente segura de que sí lo *era*.

Al entrar en la cuadra de Brixleigh (los ojos se le estaban ajustando al cambio de luz y la nariz empezaba a reconocer esa fragancia familiar y grata de caballo y heno), vio un extraño caballo en uno de los establos. No era raro ver caballos nuevos en las cuadras, ya que la mayoría de los invitados traían los suyos propios, ya fuera para tirar de los carruajes o por el placer de montar. Lo inusual de este caballo era su tamaño.

—¿Quiere que me encargue de *Mari*, señora?

—Sí, gracias —respondió Blythe, dándole las riendas de *Marigold* al mozo de cuadra.

Normalmente, limpiaba la yegua ella misma, pero tenía ganas de ver mejor este nuevo caballo. Jamás había visto algo semejante. Era como si la estuviera estudiando, tan interesado en su aspecto como ella lo estaba en el suyo.

—Tom, ¿a quién pertenece ese caballo grande y gris de allí?

El joven mozo miró en la dirección en la que Blythe había señalado y encogió sus estrechos hombros.

—No lo sé, señora. Supongo que lo trajeron cuando yo no estaba.

Intrigada, Blythe se dirigió hacia el extraño caballo. Sintió el olor a caballo y estiércol al respirar. Había algo en estos olores que le reconfortaban; aunque eran acres, eran mucho más agradables que algunas de las zonas de Londres que había visitado. La pobreza y la basura humana emanaban un olor repugnante que no tenía ningún animal.

El caballo gris la observó con curiosidad mientras Blythe se subía a la puerta.

—Eso es. Ahora sí puedo verte bien —dijo Blythe, extendiendo la mano—. Ven aquí, cariño. No te haré daño.

El caballo inclinó el gran hocico hasta llegar a su mano, humedeciéndola suavemente con sus labios rosados. Era engañosamente, sorprendentemente, dulce.

—Dios mío, qué grande eres.

La mancha blanca que tenía en la frente gris era suave y blanda, y su hocico era tan grande que la mano de Blythe parecía diminuta a su lado. Sus grandes ojos oscuros la miraban con la misma curiosidad que

Blythe sentía. Eran unos ojos conmovedores para tratarse de un animal.

—No está acostumbrado a las mujeres.

Blythe se asustó. Dándose la vuelta hacia la voz, observó la figura de un hombre entre la penumbra del pasillo. Era sin duda el propietario del magnífico animal. Lo habría adivinado aunque no hubiera dicho nada.

Caballo y amo estaban hechos el uno para el otro. Ninguno de los dos era guapo en el sentido estricto de la palabra, pero ambos poseían cierto atractivo. Ambos tenían las extremidades largas y el pecho ancho, y eran increíblemente altos. Como Blythe estaba subida en la puerta del establo se hallaba aproximadamente a unos quince centímetros del suelo y parecía casi tan alta como el extraño, quien la observaba con unos ojos tan oscuros como los de su caballo.

¿Cómo había sabido que era una mujer? Debía de haber oído su voz. Normalmente la gente que la veía vestida de este modo pensaba que era un hombre.

—Es increíble —dijo, mirando de nuevo al caballo que estaba inmóvil bajo la mano que le acariciaba—. ¿De qué raza es?

El hombre encogió sus anchos hombros y sonrió, torciendo la boca con sus labios delgados.

—No lo sé. Se lo compré a un irlandés que tampoco lo sabía.

Blythe miró por encima de la puerta mientras el hombre se acercaba. El corazón parecía latirle más fuerte con cada paso que él daba. Ese hombre, mucho más alto que ella, tan grande y que hablaba con tanta dulzura, le intimidaba un poco. Sin embargo, a pesar de su calma y su aparente ternura, tenía una energía que la excitaba.

Era mejor pensar en el caballo que en el hombre.

—Tiene los pies peludos y la altura de un English Black, pero el hocico es distinto.

—Creo que es una mezcla de razas escocesa e irlandesa.

El extraño se quedó a su lado, acariciando también la frente del caballo. Tenía los dedos largos, fuertes y morenos, y no blancos y delicados como la mayoría de los aristócratas. La ropa que llevaba era sencilla y oscura, pero estaba bien hecha. También tenía el pelo oscuro, grueso y demasiado largo para ir a la moda, pero demasiado corto para rizarlo ingeniosamente como un querubín. Pero fue su cara lo que realmente llamó la atención de Blythe. Tenía unos rasgos peculiares: los ojos eran oscuros y las pestañas gruesas, la nariz era delgada pero larga, la boca estrecha y delgada y el mentón y la mandíbula eran un poco angulosos; sin embargo, en su conjunto conformaban una cara que, aunque no se consideraría hermosa, era extrañamente agradable.

¡Y aquí estaba contemplándole como si fuera un semental en Tattersall's! ¿Qué le ocurría? Había conocido a muchos hombres con anterioridad, y nunca se había detenido a estudiarlos con tanto detenimiento, excepto a Carny. Pero Carny era un hombre muy atractivo y mucha gente le miraba.

¡Seguro que también había mucha gente que miraba a este hombre, sobre todo montado sobre un caballo así!

—Se llama *Flynn* —dijo sin mirarla, aunque Blythe tenía la sensación de que la había estado observando.

—¿*Flynn*? ¿No *Zeus* o *Aries* o algo así de heroico?

El hombre sonrió al oír su tono bromista, pero era una sonrisa triste.

—Le puse este nombre por el irlandés que me lo dio.

Blythe supo sin preguntar que el irlandés había muerto, y que para este hombre el nombre de *Flynn* era más heroico que *Aries* o *Zeus*.

Bajando los peldaños de la puerta, Blythe se quitó el guante y le dio la mano al extraño.

—Me llamo Blythe.

Él se acercó para estrechársela. Al tocarle, Blythe sintió un hormigueo en la mano, como un cosquilleo, sólo bajo la piel. Qué raro resultaba tener que mirar hacia arriba de verdad para ver a un hombre. Con metro ochenta de altura, Blythe no tenía muchas ocasiones de mirar hacia arriba a nadie. ¡Qué maravilloso e inquietante era sentirse pequeña!

—Devlin.

—Encantada de conocerle, Devlin.

Él la miró fijamente y Blythe intentó no sonrojarse.

—Lo mismo digo, Blythe.

Al oír su nombre de sus labios, Blythe sintió que un escalofrío le recorría la espalda. Su voz, ronca y suave a la vez, era intensa, como el terciopelo acariciado en dirección contraria.

Tenía que soltarle la mano, pero al perder el contacto de sus dedos se sintió como despojada de algo precioso. Había algo en este hombre, *Devlin*, que hacía que se sintiera como si le conociera de toda la vida.

Blythe le deseó que tuviera un buen día y abandonó la cuadra a regañadientes. Sin embargo, de regreso a casa, se dio cuenta de quién era.

Devlin. Devlin Ryland.

Al percatarse, se quedó helada. No. No podía ser. Ese hombre tan increíble de voz profunda *no* podía ser Devlin Ryland. Sin embargo, sí lo era.

Devlin Ryland, el único hombre que había conseguido que el corazón le diera un vuelco en dos años, era el mismo hombre que había empujado a su prometido a los brazos de Teresa Vega y le había salvado la vida.

Y, posteriormente, arruinado la de Blythe.

Miles y Carny tendrían que explicarle unas cuantas cosas.

En medio de la sala dorada del marqués de Wynter, rodeado por un grupo de invitadas que insistían en ser entretenidas con recuerdos románticos y atrevidos de la guerra contra Napoleón, Devlin intentaba satisfacerlas mientras su mirada recorría la opulenta sala dorada para poder vislumbrar a esa increíble lady Blythe.

Miles y Carny siempre le habían hablado de ella como si se tratara de una especie de marimacho. Nada de lo que le habían contado podría haberle preparado para ese encuentro con la amazona de mirada felina en la cuadra. Jamás habría atado cabos si no le hubiera dicho su nombre, aunque su altura tendría que haber bastado.

Era la mujer físicamente más perfecta que había visto. No era frágil ni de cara ni de aspecto, pero era sin duda femenina. Era una mujer de pies a cabeza.

—Me temo que jamás me encontré cara a cara con Napoleón —respondió cuando una invitada le preguntó sobre el corso.

Parecía decepcionada, o al menos eso creyó Devlin. Era difícil saberlo cuando tenía la cabeza a la altura de su codo.

—Le vi fugazmente en Waterloo.

—Waterloo —repitieron como si de un eco entrecortado se tratara, y como si estuviera hablando de al-

gún lugar mítico en vez de un campo bañado en sangre donde demasiados soldados descubrieron lo mortales que eran.

—Qué decepción.

Devlin se dio la vuelta al oír la nueva voz, sintiendo la emoción corriendo por sus venas. ¿Cuánto hacía que no reaccionaba así con el mero sonido de la voz de una mujer? Demasiado.

Si lady Blythe estaba estupenda con pantalones y botas, aún estaba más espectacular con ese vestido largo reluciente de seda plateada que hacía conjunto con la sala. El bajo escote revelaba su largo cuello y una parte considerable de sus impresionantes senos, para atraer sin ser vulgar. No iba pintada. Su piel, pálida y con un toque rosado en los pómulos, no estaba cubierta de polvos. Tenía las pestañas oscuras y las cejas marcadamente arqueadas. Su nariz era larga y recta, y la boca grande y ancha: para cualquier otra mujer sería demasiado grande, pero a lady Blythe le quedaba bien. Llevaba el pelo, de color castaño rojizo, recogido sobre la cabeza de tal manera que añadía varios centímetros a su pasmosa altura. Cada palmo de ella era grande y atrevido, pero no intentaba esconderse. A Devlin le gustaba, y se irguió al verla.

—No fue una decepción perderme a Bonaparte, se lo aseguro, lady Blythe —comentó Devlin, esbozando una reverencia.

—No me refería a eso —ronroneó Blythe en ese tono ronco suyo, cogiendo una copa de champán de la bandeja que un lacayo le ofrecía—. Me refería a que todos los hombres de la sala parecen estar hablando de esa horrible guerra, aunque terminó hace dos años. Esperaba que hablara de otra cosa, señor Ryland.

—¿De qué quiere que hable, lady Blythe? —interrumpió la mujer que le llegaba al codo con una risita—. ¿De las cosechas?

Blythe no se molestó ni en mirarla, pero Devlin vio cómo se le sonrojaban levemente los pómulos.

—Me gusta el corte de sus pantalones, señor Ryland. ¿Quizá podría darme el nombre de su sastre? —le preguntó Blythe, mirándole fijamente.

La mujer y su compañera ahogaron un grito cuando Devlin intentó no reírse. ¡Era escandaloso que lady Blythe le preguntara por el nombre de su sastre y aún más que dijera que admiraba sus pantalones! Devlin se preguntó si realmente era así o si simplemente lo había dicho para horrorizar a la matrona.

—La ha escandalizado —apuntó innecesariamente mientras la mujer se marchaba, llevándose consigo al resto de la muchedumbre.

—Debo advertirle que he desarrollado un don para dispersar las muchedumbres —apuntó Blythe, sonriendo irónicamente.

—No me importa.

Devlin prefería ser el centro de atención de esta mujer que del resto de la sala. Era extraño porque normalmente no quería ser el centro de atención de *nadie*.

Blythe le miró con curiosidad.

—Me lo imaginé. Cuando entré en la sala parecía sufrir tanto que pensé que quizá lady Montrose le había golpeado con sus impertinentes.

Su tono mordaz le hizo esbozar una sonrisa.

—Los que jamás han vivido la guerra piensan que es una aventura.

—Yo no —respondió, tomándose un sorbo de champán y dejándole inmóvil con la mirada.

—Porque su hermano luchó; usted conoce la verdad
—apuntó Devlin, mientras su sonrisa se desvanecía.

—Supongo que los únicos que saben la verdad son los que consiguen volver a casa.

—¿Champán?

La atención de Devlin saltó de la mujer que había resumido tan sucintamente su propia opinión al lacayo que acababa de aparecer a su lado.

—No, gracias.

Blythe arqueó una ceja cuando el hombre se alejó.

—¿No bebe?

—Ya me he tomado una.

Su sonrisa mostraba tanta incredulidad como admiración.

—Un caballero a quien no le gusta hablar de sí mismo, que no bebe en exceso y que da las gracias al servicio. Sin duda, es usted una criatura poco común, señor Ryland.

Devlin tuvo que esforzarse mucho para no jactarse con su elogio.

—Creo que usted también es una rareza.

La mayoría de las mujeres se habría ruborizado y habría pestañeado de forma coqueta ante un comentario así, pero lady Blythe le miró con incertidumbre.

—Por mi altura.

El tono desafiante de la voz de Blythe, y la mirada llena de conciencia de sí misma, borró cualquier rastro de humor de la cara de Devlin.

—Porque es diferente. Su altura influye en su persona del mismo modo que lo hace la mía.

—Quizá por eso me sienta más cómoda hablando con usted que con gente que hace años que conozco —añadió Blythe, sonriendo débilmente—. Ya sabe lo

que es tener que mirar hacia abajo para hablar con la mayoría de la gente.

Por supuesto que Devlin entendía lo que decía.

—Pues ahora puede mirar hacia arriba.

—Sí —asintió Blythe.

—¿Y yo qué? —preguntó con un tono de agravio burlón mientras se acercaba a ella.

Dios santo. ¡Estaba coqueteando!

—Aún tengo que mirar hacia abajo.

—Sí, pero no tanto —respondió Blythe, mirándole hacia arriba con una mirada medio divertida, medio intrigada y medio coqueta.

Devlin se rió. Tenía razón, y sus palabras evocaron, por un segundo, una visión de él arrodillado ante esta mujer, mirándole como si fuera una diosa a la que adorar. Y eso le llevó a pensar que con su cara a la altura de las caderas, podría adorarla dándole placer, más que ofreciéndole un cordero muerto.

Se quedaron de pie en silencio, por un momento, simplemente sonriendo. Dios santo, no podía explicarlo, pero esa mujer le *gustaba*. Desde que había visto a Blythe esa tarde, no había dejado de pensar en ella. La admiraba, aunque casi ni la conocía. La respetaba, aunque eran casi dos extraños. Y quería estar con ella. Al acercarse tanto y respirar su embriagador perfume, su mente se llenó de imágenes de lo que sería acostarse con una mujer tan alta y tan fuerte.

«Una mujer que parecía estar hecha para él», susurró una voz en su cabeza.

—Ah, veo que ya os habéis conocido.

El hechizo se rompió cuando Miles y Carny aparecieron. La cara de Blythe de repente se volvió inexpresiva y sus brillantes ojos perdieron cualquier rastro de

buen humor. ¿Por qué? Le habían dicho que Blythe conocía bien a ambos hombres, sobre todo a Miles, su hermano.

—Sí —respondió Devlin—. Lady Blythe y yo nos hemos conocido esta tarde.

No entró en detalles intencionadamente. Su primer encuentro con Blythe era algo que quería guardarse para él, por alguna extraña razón. ¿Era su imaginación o Blythe se le acercó más cuando Carny se colocó a su lado?

—Me alegro de verte de nuevo, Blythe —dijo Carny, con un ápice de esperanza en la voz que Devlin no acababa de entender.

—¿De veras? —respondió ella con una voz dura y tensa, apretando la mandíbula.

—Blythe —dijo Miles, poniendo una expresión más seria.

Sin duda, algo de lo que Devlin no estaba al corriente ocurría entre los tres. De repente, el aire estaba cargado de tensión. Ambos hombres miraron a Blythe, uno con pena y el otro con temor, pero la atención de lady Blythe estaba centrada sólo en él, como si le estuviera pidiendo ayuda.

Devlin haría todo lo que pudiera, aunque ello implicara oponerse a dos de sus mejores amigos y aunque no tuviera ni idea de en qué se estaba metiendo.

—¿Podría hablar contigo un momento, Blythe? —preguntó Carny.

—Preferiría comer gusanos —respondió Blythe, con las mejillas encendidas mientras miraba la alfombra.

Con los ojos llenos de ira, Miles lanzó una mirada de disculpa a Devlin.

—Blythe, recuerda tus modales. ¿Qué impresión se llevará Devlin?

Levantando la cabeza, Blythe miró a su hermano y a Devlin. Ignoró a Carny.

—Seguro que el señor Ryland me disculpará por mi falta de educación si conoce la historia entre lord Carnover y yo.

¿Historia? Devlin no pudo esconder su sorpresa.

—Carny sólo me ha contado cosas buenas de usted, lady Blythe.

Ahora era ella quien parecía sorprendida. Miles parecía un asesino y el pobre Carny parecía humillado hasta la médula.

—Vaya, así que no lo sabe —dijo Blythe, con un tono cargado de una supuesta inocencia dulce—. Antes de que fuera a Waterloo y encontrara esposa, lord Carnover y yo éramos prometidos e íbamos a casarnos.